

CAPITULO QUINTO.

LA OBRA DE BERNAL DÍAZ.

NTIGUOS y modernos, nacionales y extranjeros, todos convienen en el mérito indisputable de la obra de Bernal Díaz del Castillo, por haber sido éste testigo presencial de los sucesos que refiere y por su sinceridad y buena fe.

También se le han señalado los errores, las contradicciones y los olvidos en que incurrió; hijos sin duda de los muchos años que contaba cuando escribía y de su flaca memoria, frágil como la de todos los humanos.

Bernal Díaz se propuso, como dice él mismo en el prólogo á su obra, hacer una historia “verdadera y clara” del descubrimiento, conquista y pacificación de la Nueva España, así como de la fundación, que llevaron á cabo después los españoles, de muchas ciudades y pueblos.

Propúsose á la vez rectificar á Francisco López de Gomara, que "hizo errar—agrega—á dos famosos historiadores que siguieron su Historia, que se dicen el Doctor Illescas, y el Obispo Paulo Jobio...."¹

Parece haber realizado su intento el buen capitán, si no con lustre literario, sí con gran acopio de datos y rectificaciones.

A pesar de los errores en que incurrió y de que algunas veces se contradijo, la obra contiene bastantes noticias para hacer la luz en muchos sucesos, y desmentir fábulas que corrían como verdades en algunos libros, ya entonces impresos y escritos por autores de reputación.

En efecto, la *Verdadera Historia* nos suministra testimonios irrecusables para desmentir el legendario salto de Alvarado, la aparición del apóstol Santiago por los aires durante las batallas y la pretendida *castidad* de Jerónimo de Aguilar, quien, según nuestro cronista, murió de *bubas*.

La vanidad pueril que rebosan sus páginas no quita nada á la verdad. Su pretensión de haberse encontrado en los mayores peligros y en las acciones más notables, tampoco. Son achaques comunes á todo veterano que ha sido testigo presencial de los hechos que comunica. ¡Siempre los soldados se disputan la gloria de haberse ha-

1. Véase el Apéndice número 4.

llado en lo más recio de la pelea! ¡Siempre se muestran celosos de sus jefes y quejosos de no estar debidamente recompensados!

Pero en cambio, nos presenta Díaz del Castillo un cuadro redivivo y completo de la conquista. No se necesita esforzar mucho la imaginación, pues basta la lectura, para reconstruir todo aquel período, fecundo en hechos y en hombres no comunes.

A pesar de su estilo "rudo y selvático" como lo califica un escritor, todo surge y todo se contempla.

Nada falta. Narraciones de los sucesos; pormenores minuciosos; retratos de los personajes; anécdotas; dichos célebres; juicios acertados; críticas punzantes, pero justas; descripciones de lugares; relaciones de peligros y fatigas: todo consignado con tal sencillez, con tanta sinceridad, que se resiste uno á desmentirlo cuando se hace necesario.

Los datos minuciosos de Bernal Díaz, á primera vista parecen fuera de lugar, triviales si se quiere; pero forman un conjunto que da más verdad y colorido al cuadro que se propuso diseñar.

Son tan curiosos los pormenores, tan exactos, que interesan y proporcionan material suficiente para formarse cabal idea de las cosas y de los hombres de la conquista.

Las creencias de los conquistadores, sus costumbres y supersticiones, sus rasgos generosos y sus torpes vicios; las enfermedades que padecían y los apodos con que eran conocidos, nos permiten reconstruir los caracteres morales de los compañeros de Díaz del Castillo.

En cambio, las señas particulares de cada uno, sus estaturas, color, etc., nos presentan el físico de aquellos hombres de hierro, cuyo fin, heroico ó triste, refiere el minucioso cronista.

Hasta el número y color de los caballos que traían los "más famosos capitanes y valerosos soldados," consigna Bernal; que nada omite, tal vez porque todo aquello le recordaba días de batallar continuo, pero gratos para el veterano que se cubrió de gloria.

Abiertas las páginas de la *Historia Verdadera*, no se leen, se escuchan. Antójase que el autor está cerca de nosotros, que ha venido á relatar-nos lo que vió y lo que hizo; y su mismo estilo burdo, semeja al de un veterano á quien perdonamos las incorrecciones de lenguaje para sólo oírle los sucesos llenos de interés en que ha sido testigo y actor.

El desorden que reina en la obra, más bien en la narración, pues tan presto nos consigna un suceso, como nos describe una acción, como nos cuenta una anécdota, contribuyen mucho á que

nos imaginemos estarlo escuchando. Hé aquí cómo nos relata sus impresiones del día 13 de Agosto de 1521, último del tremendo sitio de Tenochtitlán: "Llovió, y tronó, y relampagueó aquella noche, y hasta media noche más que otras veces. Y como se hubo preso Guatemuz quedamos tan sordos los soldados, como si de antes estuviera uno puesto encima de un campanario, y tañesen muchas campanas."

¡En tan cortas líneas describe gráficamente aquella escena inolvidable para conquistadores y vencidos!

De súbito, pocas líneas después, cambia de asunto, y nos dice: "Dejemos desto, y digamos como Guatemuz era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones, y la cara algo larga y alegre, y los ojos más parecían que quando miraba, que eran con gravedad y halagüeños, y no había falta en ellos, y era de edad de veinte y tres ó veinte y quatro años, y el color tiraba más á blanco, que al color y matiz de esotros Indios morenos."

¿No es verdad que esto más bien que leerse parece que se oye de boca del viejo soldado? Por mucho que se diga en su elogio no será exagerado; los defectos se desvanecen; y no se puede menos que reconocer, que por hiperbólica que parezca la alabanza, es justa la que consagra un escritor á

Bernal Díaz, "que nos dejó en su *Historia*—dice—uno de los monumentos más singulares y curiosos de su especie; libro único y cual no le posee literatura alguna."

Sólo Don Antonio de Solís, con estilo afeminado y empalagoso, y en el chocante panegírico de Cortés, se atrevió á sostener que en la obra del sencillo cronista anda ban "entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambición..."

Doctos y juiciosos escritores le han refutado, unos lamentándose con razón y otros censurándole con severidad, pero con justicia.

Con razón de sobra se dolía nuestro Beristain de que tal cronista "hubiese dado tan crueles estocadas con su pluma á un anciano y benemérito militar que tantas heridas gloriosísimas había recibido en obsequio de la fe y de la madre España. Y bien merecía quien escribió, aunque con estilo poco limado, una sincera y verídica historia, que se le tratase con más indulgencia por aquel que, sin embargo de las bellezas del ingenio del arte, nos dió á luz un *Poema*, y no una *Historia*."

Y justa censura hizo á Solís Don Joaquín García Icazbalceta, cuando dijo "que la pomposa obra del cronista real apenas puede leerse una sola vez, ni goza de autoridad alguna, habiendo quedado tan sólo como libro de entretenimiento,

mientras que el pobre escrito del rudo soldado se consulta siempre con aprecio y con fruto, y se suelta con dificultad de las manos una vez comenzada la lectura."¹

Injusto y apasionado estuvo el Cronista Mayor de las Indias, y puede solamente explicarse su inquina contra Díaz del Castillo, por ese amor sin límites hacia el héroe Cortés, que concibió como á un sér casi sobrenatural, y que si hubiera vivido entre los griegos, habríale colocado en el rango de los dioses.

No; la pluma que narraba los sucesos vistos en la conquista, la esgrimía la propia mano leal y valiente que empuñó el acero al lado de Cortés, para colaborar en su famosa empresa.

Díaz del Castillo no abrigaba *envidia* ni de sus jefes ni de sus compañeros de armas. Lo contrario; procuró impartir justicia á todos, y lo que le decidió á escribir, fué que cronistas mal informados relegaban al olvido las hazañas de los humildes. Señaló las faltas de Cortés así como sus cualidades, porque le conoció de cerca, porque fué su coetáneo; mientras que Solís contemplaba á su héroe al través de fantástica imaginación y del tiempo transcurrido.

Que Díaz del Castillo tuviera *ambición*, nada

1. *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, etc.—México.—1853.—Tomo III, pág. 61.

tiene de extraño. Fué tan ambicioso como Cortés, Alvarado, Olid y muchos conquistadores. Por *ambición* ejecutan los hombres las grandes hazañas; sólo de los santos se dice que son desinteresados, y el mismo Don Antonio de Solís por *ambición de gloria* publicó su conocida obra, tan afeminada como embustera.

Bernal Díaz á lo que aspiraba, lo mismo que la mayor parte de sus colegas, era á obtener premio por sus trabajos y á que la historia siquiera consignara sus méritos y servicios. Envidia la hubiera demostrado, si en vez de enumerar á todos y cada uno de sus compañeros, como lo hace en capítulos especiales, callara sus hechos y apocara sus acciones. Si rectificó errores, si señaló faltas á Cortés, fué porque procuró decir siempre la verdad, y si mintió algunas veces, fué involuntariamente.

Un crítico imparcial, de espíritu recto y sano, se necesitaba para hablar del cronista, ya que el mérito del soldado lo confiesa hasta Solís. Sin menoscabar la gloria que tiene adquirida el sagaz y atrevido conquistador, se podía tejer el elogio de su valiente compañero que historiaba sus hazañas. Esto hizo Prescott. Su juicio acerca de Bernal Díaz del Castillo, aunque extenso como debía ser, lo copiamos en el Apéndice,¹ para

1. Véase el Apéndice, número 5.

cerrar con *broche de oro*, como se dice comunemente, nuestro acopio de datos y documentos consagrados á la memoria de uno de los más simpáticos cronistas primitivos, autor del "monumento más auténtico de nuestra historia," como llamó á su obra Don José Fernando Ramírez.

Díaz del Castillo, encanecido, marcado el cuerpo de honrosas cicatrices—timbres de su valor—pobre y con numerosa parentela, prefirió consagrarse á útil tarea, resucitando á sus compañeros de armas é infortunios de la tumba en que yacían, á vivir encenagado en vicios vergonzosos, ó martirizar con crueldad y cobardía á los vencidos, como algunos de sus orgullosos jefes enaltecidos por la adulación ó la fama. Al loar á los suyos como á los defensores de la patria vieja, se inmortalizó en su propia obra, y pudo exclamar con el poeta:

EXEGI MONUMENTUM ÆRE PERENNIUS.....